

## EMILIO BACARDI MOREAU.

Por Armando Leyva.

M

UCHO antes de conocer yo a don Emilio Bacardí Moreau, fué su nombre y su gloria modesta—si cabe la frase—tónico admirable para hacerme continuar bregando en el radio de actividades mentales que, desde muy joven y por manera espontánea, escogí para darle "razón de ser" a mi vida de hombre.

Zagalón estudiante, misteriosos sorbos dejados en mi sangre, acaso por los abuelos catalanes de mi rama materna, herencia tal vez de los abuelos indios que fueron abuelos de mis abuelos paternos, decidieron en mi temperamento y en mi ideología la dedicación al arte. Muy chiquillo, muy chiquillo, aprovechaba mis horas de asueto en la amplia azotea de la casona para hacer, a punta de lápices multicolores, un periódico que tenía por toda dirección, cuerpo de redacción y público lector, mi desmedrada personilla de ocho años. Algunos después, en aquella misma azotea, desde donde se atalaya el amplio mar del norte, corajudo como un loco en crisis y sonoro como un órgano de múltiples trompetas, escribí una novela en quince cuartillas llenas de chambergos, espadones, capas, farolillos misteriosos, literas blasonadas y cuantos motivos quedaron bailando en mi cerebro tras la lectura subrepticia del primer libraco que me tiré al colete y cuyo título, —¡jamás podría olvidarlo!—"El siglo de las Tinieblas", tanto hubo de influir más tarde en mis fantasías más o menos literarias. Fijada quedó en mi vida futura la afición a las letras, y lo que hasta entonces no tuvo importancia ni pasó siquiera al conocimiento de mis mayores, ocasión llegó en que convirtiéndose en seria preocupación del corazón magno y único que fué calor de mi niñez, afanoso sostén de mi primera juventud y brújula piadosa y santa que había de orientar mi paso por el mundo.

—¿Literato? ¿Escritor? ¡Cristo nos valga! ¡Qué desgracia, Dios mío! Así la voz maternal—¡santa madre mía que sin darme el ser tanto y tan bien supiste ser madre excelsa!—asustándome como ante la comisión de un pecado, al descubrir mis aficiones, empezó la catilinaria conque vanamente intentó separarme de la "peligrosa" ruta.

Soñaba mi madre—¿qué otro nombre darte, santa tía que tanto me adoraste?—con que fuera yo un ejemplar tenedor de libros. En su amor sin eclipse, en el sueño constante de verme crecer derechamente orientado hacia lo práctico de la vida, el cargo de tenedor de libros constituía la más alta cumbre de sus aspiraciones.

—¿Pero no sabes, hijo mío, que los literatos son unos seres desgraciados que sufren mucho, que nunca triunfan en la



21

vida, que jamás alcanzan el remanso piadoso de un hogar confortable y una existencia cómoda? Mira,—agregaba—yo quiero que seas comerciante, industrial, y, sobre todo, ¡tenedor de libros!

Y la dulce voz se perdía en una prodigiosa fantasmagoría de lo que para ella era un comerciante, un industrial, y, desde luego, ¡un tenedor de libros! Esto es algo diametralmente opuesto, resueltamente antagónico a eso despreciable, baldío, pueril y absurdo que se llama un literato.

¿Llegó a convencerme? Bien sabe ella—si es que los muertos están en posesión de las verdades de ayer, de hoy y de mañana,—que no, que no lo logró nunca. Y pasaron los años haciendo oscilar en distintos niveles la heredad que iba a ser mía. Los años pasaron y, con ellos, el “tenedor de libros” en agraz pisó muchas aulas, atravesó muchos claustros y trató de prepararse para dos o tres carreras—ingeniero, abogado, etc.—que jamás llegaron a cristalizar en un diploma con orlas brillantes para lujo y orgullo de las paredes de mi casa.

Un día el nombre de don Emilio Bacardí pasó bajo mis ojos curiosos, que todo lo leían. Y así fué cómo supe que un industrial, un comerciante—probablemente un tenedor de libros!—podía ser a la vez periodista, escritor, etc. Desde entonces—¡oh nombre vinculado a mis recuerdos más remotos!—el “caso” de Don Emilio Bacardí constituyó la más resuelta defensa conque mi afán de no contrariar el deseo materno, al mismo tiempo que la necesidad de defender mi vocación creciente, se opuso a todas las campañas enristradas contra la inutilidad de los hombres de letras. ¡Oh, las veces que el nombre, hoy ilustre, de Don Emilio Bacardí sonó en mis labios infantiles como argumento Aquiles para explicar y apañar mis pobres producciones primerizas!

—¿Pero no ves tú—oponía yo a los razonamientos en contra—como se puede ser comerciante, industrial, y ¡hasta tenedor de libros! y escritor al mismo tiempo? Mira, lee, lee lo que dice este periódico de ese señor de Cuba...

\* \* \*

¡Cuántos años han pasado de entonces acá! ¡Cuántos soles se han puesto sobre la losa que cubre los restos del hada buena, santa e inolvidable que quiso inútilmente hacerme hombre de números, a mí que apenas si logré sumar para llevarle la cuenta a los desencantos con que me azotó la vida!

Hombre ya, con tres o cuatro libros publicados y doce o quince años de periodismo casi ininterrumpidos, conocí perso-



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



3

1000003

nalmente a Don Emilio Bacardí Moreau, fastuoso señor de las industrias cubanas, prócer sin mácula y sin tacha de nuestras contiendas patrióticas, y hombre de letras—novelista, narrador, periodista de combate, cronista de viajes, conferencista atinado e historiador de la Numancia de Cuba!

Cuando su mano noble que nunca tuvo que tachar un renglón ni una frase de su propia historia, de su propia vida, cayó entre mis manos que la apretaron con calor, con unción, con íntima reverencia, ¡qué lejos estaría el gallardo anciano de saber que su nombre había sido la recia coraza con que mi infancia defendió la vocación dolorosa del escritor balbuceante que hubo siempre en mí! ¡Y de qué modo, desde entonces—mucho después de conocerlo por cuanto de él me habían contado los fanáticos de su nombre y sus propios libros, leídos con avidez—buceé en su espíritu claro y en su corazón sereno para aprender—lo que nunca dejó de ser ignorancia mía—como se pueden aunar en un solo temperamento las contradictorias condiciones del hombre de letras y del hombre práctico!

\* \* \*

Y no. No hay tal. En don Emilio Bacardí no disputan esas dos tendencias encontradizas. Yo, por lo menos, sólo hallé en él al artista, al hombre niño, capaz de seguir con la mirada dulce de sus ojos claros un juego de nubes en el horizonte, cuando los libros de sus finanzas reclamaban más perentoriamente que nunca la mirada sagaz, calculadora y fría del hombre de negocio. ¿Que cómo, pues, alcanzó, entonces, las cumbres doradas de su macizo capital de rosarios de números? Milagro es este que siempre achacaré a la varita mágica que a Dios plugo ofrendar a algunas de sus criaturas, la misma conque Moisés hizo brotar de la roca agria el torrente de agua clara. Y esto no me basta. La historia de su casa—famosa en el mundo entero—podrá decir otra cosa sin que logre convenirme. Para mí siempre fué y seguirá siendo, de un modo exclusivo, el patriota y el escritor.

¿Hará falta aun decir unas palabras más acerca de su vida de patriota? ¿Pero es que existe quien la ignore? Por si ello fuera así—que nos ha tocado alcanzar una hora en que los valores positivos de nuestros hombres más representativos se ignoran o se olvidan—damos esta síntesis con que alguna vez el maestro *Ducazcal* perfiló una frase de tan sobresaliente y meritísima personalidad. Oid al escritor caballero, maestro en letras y en gentilezas:

Fruto espiritual jugoso de dos sangres o savias vigorosas, la sangre catalana y la sangre francesa, Emilio Bacardí Moreau nació en el ambiente cálido y deslumbrante de nuestra tierra, en esta ciudad de Santiago de Cuba, el 5 de junio de 1884. Ha arribado, pues, a la edad de 78 años, y durante todo el transcurso de su existencia ha desenvuelto plenamente su enérgica y selecta personalidad, consagrada al culto práctico de los más altos ideales humanos.

Patriota, filántropo y escritor: he aquí las tres fases características con que se ofrece a nuestra admiración y a nuestra simpatía este hombre perennemente juvenil, enamorado de la verdad, de la justicia, de la libertad, de su patria—por la que sufrió diversas persecuciones,—y de la belleza artística.

Su alma, rebelde a toda imposición brutal o dogmática, alma de libre-pensador, templada al calor de los principios proclamados por la revolución francesa, le ha impulsado a luchar cívicamente por la regeneración de su pueblo y de la humanidad. En medio de la vulgaridad utilitaria de la política imperante, este noble y anciano prócer cubano parece un romántico de veinte años, como aquellos del grupo heroico de Enjolras, esculpido como en un altorrelieve, por la pluma de Víctor Hugo.

  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



4

000 000 4

Fortuna, hogar, libertad, hasta la vida misma expuso en aras de la independencia de su patria, y después, su pueblo, en elecciones que fueron el triunfo más legítimo, magestuoso y arrollador de la soberanía democrática y del sufragio universal, el 1.º de junio de 1901, le llevó a la Alcaldía Municipal de esta ciudad, y desde tal posición oficial prodigó sus energías, sus iniciativas y su entusiasmo cívico en beneficio de los intereses procomunales. Más tarde, en 1905, fué electo senador de la República, y al surgir la pavorosa crisis de 1906, figuró entre los contadísimos representantes del pueblo que quisieron evitar el eclipse de la soberanía nacional y el advenimiento de la intervención extranjera, mediante un acuerdo del congreso, que por falta de quorum, y quizá si de algo más importante y precioso, no llegó a reunirse.

\* \* \*

Ese es, a grandes pinceladas, Bacardí patriota.

La figura del escritor no es menos interesante.

Las "Crónicas de Santiago de Cuba", pródiga cantera de enseñanzas históricas y de motivos para el ensueño lo revelan como un vigoroso y honorable historiador. Pudiera señalárseles como defecto a estas crónicas—cuyos volúmenes finales posiblemente dará al público la "Editorial Oriente"—el exceso de brevedad, de sintetismo que se nota en no pocas reseñas. Pero esto que por un lado censuramos—ya que en no pocas ocasiones nos deja, cuando mayor es el interés, con la miel en los labios y los ojos en asombro—hay que aplaudirlo y respetarlo por otro, ya que bien claramente demuestra el afán sin medida del historiador en ajustarse a la verdad que tiene a su alcance, hurtándose el sabroso placer de fantasear por deducciones allí donde el documento a la vista deja trunca la narración comenzada. Dos tomos, de estimable volumen, han alcanzado ya las "Crónicas de Santiago de Cuba" hasta ahora publicadas, y otros cuatro están listos—cerrando así con el arco de las horas contemporáneas el paréntesis de tiempo abierto cuando la conquista—para darlos a las cajas. Plausible obra ésta en cuyas páginas irán a beber las futuras generaciones, ávidas de apagar la sed de una razonable curiosidad que siempre ha de inspirar el pasado romanesco y accidentado de la ciudad que fundó Velázquez.

Viajero culto, impresionable y artista, sirvióle su excursión por Egipto para dar vida a otro volumen "Hacia tierras viejas", de encantadora lectura, tan clara, tan serena, tan sugerente que el lector bien dispuesto sólo necesita este libro, un poco de silencio y un propicio estado de ánimo para sentirse, viajero a lomos de fuerte camello, por las tierras eternas que jamás perderán el prestigio máximo del misterio.

Como novelista, "Via Crucis", "Doña Guiomar" y "Fili-grana"—inédita esta última—dan cumplidas pruebas del vigor de este cerebro, del apasionado temperamento de ese artista, y del robusto don de evocación que avalora lo más interesante de la personalidad literaria del señor Bacardí.

"Florencio Villanova y Pío Rosado" son fragantes rosas espigadas en el huerto de sus juveniles recuerdos. Allí vibra, tenso y armonioso, el espíritu patricio de este hombre cuya devoción por Cuba pocas veces fué igualado por sus contemporáneos.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Util y generosa su labor cultural, la Academia Nacional de Artes y Letras y la Academia de la Historia lo llamaron a sus respectivos senos, ofrendándole el título de miembro correspondiente. Y ante la primera de estas corporaciones acudió en marzo del año 1920, leyendo el notable y erudito trabajo que honra a la Editorial Oriente que lo recoge en sus páginas. La figura por todos extremos interesante de la egregia escritora cubana, condesa de Merlín, nunca tuvo exegeta más atinado que el señor Bacardí Moreau.

\* \* \*

¡Vida fecunda para el bien esta vida! ¡Alma templada para todo noble empeño esta alma!

Cuando de tarde en tarde, al paso por nuestras ruas o en su retiro regio de Cuabita, el cronista encuentra a este anciano venerable y magnífico cuyos claros ojos dijéranse que persiguen en las nebulosas del ensueño un fulgor de esperanza para los futuros destinos de la tierra que ama tanto, al descubrirnos ante él nos parece que lo hacemos ante lo mejor de nuestra vida—¡glorioso recuerdo de los años mozos!—y ante lo mejor de nuestra desventurada patria.

(Noche del 12 de Marzo de 1922).

marzo 12/22



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA